

La amistad de Bolívar y Sucre

José Alberto Diez de Medina

La historia ha reflejado dos vidas tan altas y tan nobles, que hablar de ellas es hacer un elogio al valor, abnegación y sacrificio. Apenas tenía 47 años el Libertador, y 35 años el Mariscal de Ayacucho.

La amistad de Bolívar y Sucre se inicia cuando en Venezuela la guerra de la independencia se realiza en el oriente; Sucre se dirige a la recién creada Colombia, en luchas esporádicas con los realistas; el presidente Zea asciende a Sucre al grado de General, es 1819. El primer encuentro fue en el río Orinoco que baña el territorio del Amazonas y corre al noreste entre las fronteras de Brasil y Colombia.

Ambos navegaban en direcciones contrarias, y preguntando la gente de Bolívar por quién iba en la otra lancha, le respondieron: ¡el General Sucre!

Bolívar asombrado y muy molesto contesta: ¡no existe tal General Sucre!

Sucre de pie en el lanchón responde que el Congreso en mérito a sus servicios desde 1810 le había concedido el grado, pero si el Libertador no lo creía competente y digno, declinaría a ese grado.

Bolívar se dio cuenta que estaba ante un hombre singular y de especial conducta, tiempo después ratificó ese grado de General de Brigada, pasando Sucre a ejercer la mayor y más estrecha colaboración al Libertador.

A tal grado llegó la estimación entre ambos, que en Lima en 1825, Bolívar escribió una biografía sobre el General Sucre, en cuyas partes más salientes expresaba:

“Apenas un puñado de valientes, que no pasaban de ciento, intentaron y lograron la libertad de tres provincias, Sucre siempre se distinguía por su infatigable actividad, por su inteligencia y su valor, siempre al lado de los más audaces, rompiendo filas enemigas, destrozando ejércitos contrarios, con tres o cuatro compañías de voluntarios que componían todas nuestras fuerzas. La Grecia no ofrece prodigios mayores”.

Esa admirable biografía escrita por el Libertador no es difundida.

En cartas de Bolívar a Sucre se puede notar el gran afecto del Libertador por Sucre. En una ocasión le diría: “Usted es el hombre de la guerra y yo el de las dificultades”.

En más de una oportunidad Bolívar manifestó su afecto y Sucre su admiración más sincera.

Esa hermosa biografía concluía con estas palabras, dignas de ser grabadas en bronce: “El General Sucre es el padre de Ayacucho; es el redentor de los hijos del Sol: es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro al Imperio de los Incas, la posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco Cápac y contemplando las cadenas del Perú, rotas por su espada”.

En 1830, cuando Sucre deseaba retirarse a la vida privada y al descanso, le dirige al Libertador las cartas más encomiables y dignas de su amistad y afecto: “Cuando he ido a casa de usted para acompañarlo, ya se había marchado, acaso es esto un bien, pues me ha evitado el dolor de la más penosa despedida”; “Adiós, mi General, reciba Ud. por gaje de mi amistad las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de Ud.”.

“Sea Ud. feliz en todas partes y en todas partes cuente conmigo, cuente con los servicios y con la gratitud de su más fiel y apasionado amigo”.

Tiempo después Sucre fue asesinado en el paso de Berruecos, en la peor emboscada que ha condenado la historia. El Libertador al conocer la noticia prorrumpe en llanto exclamando: “Han matado a Abel”.

Sólo la muerte pudo separar a esas almas gemelas, cuyos sacrificios no fueron en vano.

Sociedad Bolivariana de Bolivia